

Y la joven, viendo que ya era hora de partir, estrechó contra su corazón el retrato; fijó sus hermosos ojos en él por la última vez..., lo bañó con su llanto, lo volvió a colocar dentro de la cajita, y después de poner ésta en el fondo del estante, cubriéndola con los libros, salió de la estancia y se dirigió a donde le estaban ya esperando don Felipe y Félix, para marchar al concierto.

## CAPITULO VI

### El concierto

Era un espacioso y magnífico salón, perfectamente iluminado, en una de las casas más notables por su arquitectura y bellas proporciones que se ostentan en la regia calle del Empedradillo.

Una numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos, ocupaba la mayor parte de los ricos asientos que estaban perfectamente distribuidos en aquel recinto.

Un excelente piano de cola, inglés, de seis octavas de extensión, de pulsación suave, y de un teclado sumamente igual, se veía abierto en medio de la pieza.

A proporcionada distancia de ese rey de los instrumentos, se alzaba un pequeño atril cuadrado, sustentando un papel de música de cada uno de sus lados; cuatro lujosas sillas con blandos asientos rodeaban este atril, y en cada una de ellas había un instrumento, que eran un violoncelo, un violín y una flauta.

Todo anunciaba que iba a celebrarse un concierto popular.

Las señoras estaban vestidas con un lujo y gusto encantadores.

Envueltas en finos, claros y vaporosos ropajes; con lindas guirnaldas graciosamente colocadas sobre el abundante y ondulado pelo que velaba sus poéticas cabezas; brillando sus grandes y negros ojos bajo sus cejas arqueadas y sus tersas y espaciosas frentes; agitando con sus redondas y torneadas manos el brillante abanico que les proporcionaba un ambiente ledo y agradable; con sus diminutos y graciosos pies, perfectamente calzados por un zapato blanco de raso, pa-

recían otras tantas seductoras ninfas que nos describen los poetas o las bellísimas huries que habitan el maravilloso edén de Mahoma.

En el espacioso corredor, cubierto de flores y de naranjos, cuyo delicioso aroma embalsamaba el aire, había multitud de jóvenes varones, gozando del fresco de la noche, en tanto que se daba principio al concierto; mientras otros, colocados a la entrada de la puerta de la escalera, tenían la galantería de conducir del brazo al salón a las señoras que iban llegando.

En el ancho patio y en el descanso de la preciosa escalera de piedra, como son todas las de México, se ostentaban, de uno a otro lado, formando una deliciosa calle, pintados barriles con delicados limoneros y naranjos, por la tranquila luz de la plateada luna, y por los centenares de focos a la veneciana, de variados colores, que, colocados en matizadas bandas de seda, que cruzaban de un lado a otro la azotea, formaban una bóveda oscilante de bellos resplandores.

La concurrencia era cada vez más numerosa. Todos anhelaban el instante de que diera principio el concierto; pero aun faltaban algunas personas notables que debían tomar una parte activa en él.

Para neutralizar el calor de las luces y el que resultaba de la gran reunión de personas, se habían abierto las vidrieras altas del marco, construídas expreso para abrir y cerrar, sin necesidad de hacerlo con todas las puertas vidrieras que permanecían cerradas, para no molestar con un aire demasiado fuerte a los que se hallaban sentados junto a ellas.

La vista que se disfrutaba desde este sitio, era deliciosa.

Desde allí se descubría la suntuosa Catedral, esa obra continuada por tres monarcas españoles, ese grandioso monumento de la religión católica con su magnífica cúpula y sus gigantescas torres, que parecen desprenderse de la tierra para ir a tocar la alta bóveda del cielo. A su frente, y en el delicioso paseo de las Cadenas, cubierto de agradables árboles, se veía un numeroso concurso de ambos sexos paseándose en animada conversación, y disfrutando del suave ambiente y de la tibia claridad de la plateada luna. Continuo a este paseo, a donde concurre en las noches iluminadas por el astro nocturno la gente del «buen tono», se extiende la inmensa plaza de Armas, con su espacioso Palacio Nacional, su Portal de las Flores, el magnífico edificio de la Diputación y el animado Portal de Mercaderes.

El salón en que iba a tener lugar el concierto, apenas podía contener ya más gente.

Igual cosa sucedía en el espacioso corredor, donde los jóvenes, formando diversos corrillos, hablaban con animación, ya de política, ya de bailes, ya de amores, según la inclinación de cada uno de ellos.

Sólo una persona parecía extraña a cuanto pasaba a su alrededor.

Era un joven elegantemente vestido y de una figura interesante.

Quieto, aislado, sentado en una pequeña banca, que se hallaba en un rincón del corredor, oía el rumor de las voces, pero sin que fijase la atención en las palabras.

De nadie parecía cuidarse, ni nadie tampoco parecía cuidarse de él.

Puesto el codo sobre la rodilla, y apoyada la barba en la palma de la mano, fijos los ojos en el suelo y guardando un profundo silencio, parecía el numen de la Tristeza, arrojado en medio del bullicio y de la alegría para analizar el valor de los fugitivos placeres de la vida.

—Creíamos que no venía usted, don Juan—dijo un joven elegante que se hallaba en uno de los corrillos del corredor, y el más próximo a nuestro solitario personaje, a un joven de simpática y noble fisonomía, que acababa de llegar.

—He venido un poco más tarde de lo que esperaba por asuntos del servicio militar, y porque era preciso quitarme el uniforme para venir vestido en traje de etiqueta.

—En efecto, le vi a usted al obscurecer, dirigirse a Palacio, de uniforme, y despedirse del indio Pablo, que le había encontrado a usted en el camino.

—Cierto.

—Y me sorprendió verle a usted con él y hablándole con una atención que no la alcanza mayor un excelente amigo.

—Es que ese indio—respondió don Juan con firmeza—es el hombre más leal que tiene la sociedad; ha sido el fiel criado de un buen amigo de mi padre, y hoy gracias a su honradez y laboriosidad, tiene una propiedad en Texcoco, en cuya casa se han hospedado mis padres estos últimos días, al venir de la hacienda que tienen en Chapala.

—No sabía yo eso. Pero, hablando de lo que hoy nos interesa, ¿han oído ustedes cantar a la simpática señorita Cosío?

—¡Oh!... Sí—contestó uno de los del corrillo—; es una joven de una educación esmerada que reúne al mérito perso-

nal, el mérito artístico, la finura, la afabilidad y las más altas virtudes.

—¿Y no saben ustedes si concurrirá al concierto?

—Está un poco mala, y ha enviado un recado, diciendo que la dispensen por esta noche.

—¡Qué lástima!...—exclamó don Juan—. ¡Tiene un timbre de voz tan agradable, tal sentimiento al cantar y una expresión tan propia y natural, que no se la puede escuchar sin sentirse conmovido hasta la médula de los huesos!...

—Todo es verdad—añadió uno de anteojos, bajo de cuerpo, de ojos pequeños y vivos y nariz arremangada—. La señorita Cosío es una notabilidad mexicana, pero me gusta más que la joven Carolina R...

—¡Hombre, no digas disparates! No sea que por ellos te castigue Euterpe, musa de la Filarmonía, como castigó Apolo al rey Midas, haciendo que le nacieran orejas de pollino, por haber tenido la temeridad de preferir el canto del desentonado Pan, al dulce y melodioso dios del Parnaso.

—Señores, yo no he dicho que sea mejor, sino que a mí me agrada más.

—Pues ese gusto es un gusto que debe considerarse como de lesa filarmonía—dijo uno.

—Un gusto que revela muy mal gusto—añadió otro.

—Un gusto antifilarmónico—agregó otro del corrillo.

—Que indica riqueza de tontería.

—Pobreza de entendimiento.

—Que merece una silba.

—Que merece palos.

—Señores, ya está—exclamó el de los anteojos al verse acosado por todas partes—; retiro la palabra.

—Si hubiera usted dicho Clotilde Landeta—dijo don Juan—, entonces hubiera usted merecido la calificación de hombre de exquisito gusto.

Al oír el nombre de Clotilde, el personaje que hemos visto sentado, y que permanecía en la misma postura, levantó la cabeza.

—¡Oh! Clotilde es un ángel en belleza, virtud y habilidad—advirtió uno—; y, si no estoy mal informado, va a asistir a la tertulia.

—¿De veras? ¡Ojalá!

El hombre que permanecía retirado, fijó la atención.

—Así me lo han asegurado; pero temo mucho que no se digne honrarnos.

—¿Por qué?

—Porque no concurre, hace algún tiempo, a ninguna par-

te. La infeliz ama con delirio a Leopoldo Cabrera, y como tratan de unirla con Duval, no encuentra placer más que en la soledad de su casa.

—Pero tal vez crea que asiste Leopoldo, y se anime a concurrir al concierto.

—Ojalá. Pero aquí llega el doctor Willey, que podrá decirnos algo de ella.

En aquel momento se acercó el nuevo personaje al corrillo.

—¿Qué hay, doctor Willey?—le preguntó el de los anteojos—. ¿Sabe usted si tendremos el gusto de ver por aquí esta noche a la hermosa Clotilde?

El joven que estaba sentado, pareció dar señales de vida, dejó la reflexiva actitud en que había vuelto a caer, volvió a levantar la cabeza, fijó los ojos en Willey, y se dispuso a recoger las palabras que se pronunciaban.

—Lo ignoro—contestó el doctor—. Hoy no he tenido el gusto de estar en su casa, y nada sé con respecto a lo que usted me pregunta.

—Y ¿cómo se siente de su herida el señor Duval?—volvió a preguntar el mismo de los anteojos.

—Enteramente bueno, y con más disposición de llevar adelante la empresa de enlazarse con la simpática Clotilde.

El hombre que escuchaba sentado, dejó ver en su rostro una señal de impaciencia.

—Eso se llama no desmayar ante los obstáculos—contestó el de los anteojos—; sin embargo debe cuidarse para evitar que se repita la escena del balazo.

—Fué un tiro disparado a traición—contestó el doctor—. El que lo disparó no tendría valor para hacerlo por delante de su contrario.

El joven que escuchaba hizo un movimiento para levantarse; pero se mordió los labios, y se contuvo en su asiento.

—Pues yo creo—añadió don Juan—que si fué Leopoldo el que disparó el balazo, le sobra valor para volverlo a disparar por delante, batiéndose cuerpo a cuerpo con su contrario.

En el semblante del que escuchaba se retrató el reconocimiento y la gratitud.

—Será así—contestó el doctor—, pero si en vez de habérsela con el señor Duval, que, aunque valiente, es un hombre pacífico y tranquilo, se las hubiera conmigo, yo les aseguro a ustedes que a esta hora el tal don Leopoldo hubiera recibido una lección de esgrima o de pistola, que le hubiera llevado a la mansión del descanso.

El joven que escuchaba tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir su cólera.

—Lo que me asombra—dijo don Juan con entereza—, es que siendo don Emilio un hombre de mundo, de talento y de alma generosa, trate de violentar el corazón de la joven, rechazando a un artista de un talento tan distinguido como es Leopoldo Cabrera.

—En eso no hace más que cumplir con los deberes de padre que se impuso al adoptarla por hija. ¿Cómo quiere usted que entregue la mano de su protegida a un hombre cuyo apellido está deshonrado?

El que escuchaba se puso en pie como si le hubiesen tocado con un resorte.

—¡Deshonrado!... Yo le encuentro lleno de honroso lustre y de esplendor en las sublimes obras de su ingenio.

El joven se fué acercando al corro sin ser visto, hasta llegar a colocarse detrás del doctor.

—No desconozco—dijo Willey—el mérito de los cuadros debidos a su delicado pincel; pero ustedes saben que la mancha en el honor es como el veneno en un vaso de agua: una gota de aquél es bastante para hacer temible el líquido contenido en la segunda.

Un rasgo de violenta ira se pintó en los ojos del silencioso joven, que echó sobre el doctor una mirada de terrible enojo.

—Pero...

—Su padre—añadió Willey, interrumpiendo a su interlocutor—fué, por desgracia, un hombre que se separó de la senda trazada por el deber; un hombre que se olvidó de lo que debía a la amistad; que abusó de la confianza de don Emilio, un vil falsificador...

—¡Miente usted!...—exclamó con terrible acento y sin poder contenerse el joven que se había colocado detrás de Willey.

Este, lo mismo que todos los que estaban con él, volvieron la cabeza para ver al que tan bruscamente les había interrumpido.

—¡Núñez!...—pronunciaron varios de los del corro.

El doctor Willey, que había tenido tiempo para reponerse de su sorpresa, y que vió que las miradas de los que le habían escuchado estaban fijadas en él, para ver cómo recibía el insulto que se le acababa de inferir, dió a su semblante toda la ferocidad posible, y encarándose con el que le provocaba, le dijo:

—¿Y tiene usted la bondad de decirme con qué derecho se atreve usted a desmentirme públicamente?

—Con el derecho que me da la amistad con que me honra el joven a quien usted ha calumniado también públicamente—respondió con sangre fría, pero enérgicamente, Núñez.

A estas palabras pronunciadas en alta voz y con la entereza que presta el valor y el convencimiento de la justicia de la causa que se defiende, se acercaron varios de los jóvenes que estaban en los corrillos más inmediatos.

—¿Luego sostiene usted que soy un calumniador?—exclamó Willey, echando una mirada sobre su antagonista, que la recibió con una serenidad imperturbable.

—Sí; sobre cuanto acaba usted de decir con respecto a Leopoldo—contestó Núñez con una firmeza que revelaba el temple de alma de un héroe.

—¿Sería usted capaz de sustentar esa injuria?

—En todos los terrenos. En el primero, que es el de la justicia, digo que no es cierto que Leopoldo haya temido jamás presentarse delante de su contrario para combatir con él cuerpo a cuerpo, pues aun no hace mucho tiempo que en un duelo que sustentó contra Duval, pudiendo matar a éste, se contentó con desarmarle y perdonarle la vida.

Willey se quedó sorprendido.

—Yo ignoraba—dijo—que se hubiesen batido jamás.

—También miente usted en eso—exclamó Núñez, exaltado por la pérfida hipocresía de su interlocutor.

—¡Cómo!...—dijo Willey, rechinando los dientes.

—Porque usted fué padrino de Duval en ese duelo, y sabe usted la generosidad con que se portó el pundonoroso Cabrera. Respecto a las acusaciones hechas contra su honrado padre, yo respondo de que son una calumnia; y respondo de que son una calumnia, porque yo he visto las pruebas de su inocencia y de la criminalidad de un malvado, que la justicia divina hará que tarde o temprano caiga bajo mi poder. He dicho que estas palabras las sustentaría en todos los terrenos; en el de la verdad, están justificadas; si el señor Willey cree conveniente llevar la cuestión a otro sitio, y de otra manera, estoy pronto a seguirle a donde quiera.

Un silencio sepulcral siguió a estas enérgicas palabras.

Todas las miradas se volvieron a fijar en el doctor. El reto no podía ser ni más claro, ni más terminante. O se retractaba de todo cuanto había dicho, admitiendo la denigrante calificación de calumniador, o admitía el desafío. La alternativa era terrible. Conocía la injusticia de su causa

y que la razón campeaba del lado de su contrario. Su conciencia le decía que la acción más noble y meritoria era sincerar a Leopoldo de las injustas acusaciones que se le hacían; pero su orgullo y vanidad le presentaban este acto generoso y plausible como la degradación más vergonzosa.

He aquí cómo cada hombre forma, por decirlo así, dos individuos. El individuo aislado con su conciencia, justo, racional y franco; y el individuo ante la sociedad, vano, altanero, henchido de orgullo y en pugna continuamente con su corazón y sus deberes.

Todas estas reflexiones que tanto nos hemos tardado en exponer, cruzaron por la mente de Willey en un solo instante.

Conocía, como hemos dicho ya, su injusticia; pero su desmedido orgullo se sobrepuso a la razón, y dominado fuertemente por él, contestó con acento terrible:

—Me ha dicho usted que si deseo llevar la cuestión a otro terreno, estaba usted dispuesto a seguirme; espero, pues, que cumplirá usted su palabra en el instante mismo. ¡Salgamos!

—Salgamos—contestó con firmeza Núñez, echando a andar tras de su contrario.

—Señores—dijo el dueño de la casa, llegando a donde estaban y deteniéndoles—, se me ha avisado por una persona de que se trataba aquí de un duelo; esto me hace desatenderme por un momento de todo, para venir a suplicar a ustedes tengan la bondad de desistir en su empeño, en obsequio de la amistad que me dispensan y del buen nombre de mi casa. Si una desgracia acontece a cualquiera de ustedes, esa desgracia pesaría toda la vida sobre mí, porque siempre me acompañaría el remordimiento de haber dado origen a ella un convite hecho en mi casa.

—Conozco—dijo Núñez—la enorme falta que he cometido interrumpiendo la armonía de la respetable concurrencia a la cual se ha dignado usted llamarme; pero amengua mi prudencia la causa justa de haber salido en defensa de un leal amigo, públicamente calumniado.

—Bien; eso es muy loable; pero el señor Willey no podía imaginar que hubiera quien se ofendiese por una cosa de que ya otros muchos se han ocupado antes que él. Leopoldo es un joven muy apreciable, muy digno del aprecio de todo el mundo; nadie como usted sabe que me considero muy honrado cuando quiere complacerme visitándome; su padre fué muy buen amigo mío, y nunca he creído en el delito que se le imputa; pero el señor Willey y otros mu-

chos que no tuvieron el gusto de tratarle, no tienen esos precedentes, y no pueden ser responsables de una acusación que, por desgracia, no se desvanece aún por los tribunales. Yo suplico, pues, tanto a usted como al señor Willey, cuyo noble corazón conozco, no desairen mi súplica, ni la de estos señores que me acompañan; que se olvide lo pasado y que se estrechen la mano en señal de sincera reconciliación.

Willey y Núñez opusieron todavía algunas débiles razones; pero las sólidas observaciones del dueño de la casa, unidas a las de las restantes personas que le acompañaban, calmaron el ardor de los dos antagonistas, que prometieron al fin solemnemente no batirse por lo que acababa de pasar entre ellos.

El ruido de un coche que se detuvo en aquel instante, y el de la puerta de la calle que se abrió a poco dando entrada a una linda señorita y a los dos caballeros que le acompañaban, acabó de restablecer la calma.

—Es la señorita Soledad, acompañada del señor Flan y de don Félix—dijo uno de los que estaban apoyados en el barandal del corredor.

—Buena noticia, porque así podremos empezar el concierto—añadió el dueño de la casa, dirigiéndose a Núñez—. Ahora oirá usted cantar a esta hermosa señorita que llega con el señorío de una reina y con la dulzura y amabilidad de una consumada artista.

Núñez se puso pálido al escuchar aquel nombre, que ejercía en su alma un poder semejante al de la desgraciada Adela.

—¡Ah!... ¡Yo no debo verla!...—dijo para sí—. Su presencia me hará olvidar a la mujer que adoro... ¡No; mi obligación es huir de este sitio que me puede hacer olvidar los sagrados juramentos!... ¡Adela, Adela!... Lo he jurado... ¡Nadie más que tú será dueña de mi corazón y de mi amor!...

Y el desventurado joven se disponía a huir de aquel sitio, cuando el dueño de la casa, sin advertir su inquietud, le dijo con la mayor cordialidad:

—Me tomo la libertad, señor Núñez, de nombrarle a usted introductor al salón, para que conduzca usted a él a la hechicera y simpática Soledad.

Núñez no podía excusarse a una solicitud tan galante y honrosa hecha por el dueño de la casa.

Esquivarse hubiera sido una falta de urbanidad imperdonable, que hubiera envuelto el desaire más grosero.

Núñez, pues, sabía lo que se debía a sí mismo y a la socie-

dad; y aunque lamentaba interiormente aquella funesta casualidad que le ponía en contacto con la mujer de quien hasta entonces había huído para no ser infiel a su primer amor, dió las gracias por el honor que se le dispensaba, se adelantó en seguida hacia la puerta de la escalera, y en el instante en que la hermosa joven ponía el pie en el último peldaño y se presentó en el corredor, Núñez, temblándole el corazón, pero el semblante afable y con fina galantería, le presentó el brazo para conducirla al salón.

Soledad, al apoyar el suyo en el de su compañero, fijó la vista en éste, y ambos se estremecieron a la vez al sentir el recíproco contacto de sus brazos.

¡Oh! ¡Núñez sintió en aquel momento sensaciones indefinibles que equivalían a una existencia constante de felicidad!

La memoria de Adela se desvanecía como un sueño ante la presencia real de Soledad.

El desgraciado joven se echaba en cara su debilidad, y trataba de disculparla, creyendo que el influjo que ejercía sobre su alma la hermosa joven que se apoyaba en su brazo, era debida a la semejanza que le presentaba en ella a la inolvidable Adela.

Soledad esperaba que, después de tanto tiempo de amarga separación, Núñez le dirigiera alguna pregunta que entrañase interés y cariño; pero nuestro joven, que estaba muy lejos de pensar que tan cerca de sí tenía a la que inspiró en su alma la primera sensación de amor, guardó el más profundo silencio; y por ser demasiado fiel a la mujer que amaba, aparecía como ingrato y perjuro a los ojos de la misma.

Núñez, después de conducir a la seductora Soledad al sitio que le estaba destinado, se retiró con el corazón desgarrado, pero satisfecho de haberse vencido a sí mismo, y de haber sacrificado todos los afectos que sentía hacia Soledad en aras del amor de Adela, cuando ésta se juzgaba precisamente más ofendida y despreciada de él.

Su conciencia le aplaudía aquel sacrificio que hacía por la mujer que amaba; y la mujer que amaba le acusaba en aquel mismo instante de cruel y de perjuro.

Combatido por mil afectos contrarios, y sosteniendo una lucha terrible para que la memoria de Soledad no se sobrepusiera a la de Adela, conquistando por completo el dominio de su corazón, se sentó en el sitio más retirado, al lado de uno de los balcones de la sala, desde donde se puso a contemplar la apacible claridad de la luna para no fijar,

la vista en la hechicera joven, cuya simpática imagen tenía a su pesar fija en su mente a todas horas.

Soledad, que había esperado una palabra de consuelo que dulcificase en parte la amarga pena que le consumía, una ligera disculpa siquiera que diese un tinte de justificación a la conducta extraña observada desde el día en que la Providencia dispuso que se encontraran de nuevo, quedó triste y abatida, con el pecho oprimido por el sentimiento y el dolor, al ver la indiferencia glacial con que tras una fría inclinación de cabeza se retiraba de su lado el hombre que se llevaba consigo su vida y su corazón, su amor y su esperanza...

La infeliz hubiera querido estar sola para llorar.

Las lágrimas son el único consuelo de la sensitiva y desdichada mujer...

El tierno corazón de esa dulce mitad del género humano, no ha nacido para la ira ni para la venganza..., sino para los afectos nobles, para el dulce sentimiento.... ¡Sufre..., llora... y perdona!...

¡Misión bellísima, aunque dolorosa, de la mujer!...

Soledad amaba con la fe pura de un corazón virginal; con esa pasión delicada, espiritual, apacible y mística, a la vez que inextinguible y profunda, llena de unción, de ternura y de compasión con que aman las almas generosas y sensibles.

Dulcemente dominada por el afecto que consagraba dentro de su pecho al hombre que se alejaba de ella sin justificada causa, no apartaba los ojos de él..., y al verle triste y pensativo, pálido y demudado, mirando melancólicamente hacia la bóveda estrellada, libro consolador del desgraciado, le creyó víctima de secretos padecimientos; y olvidándose la infeliz de su ingratitud y desamor para con ella, sólo pensó en que padecía..., en que era desgraciado tal vez...

Esta idea le conmovió profundamente.

—¡Oh!...—pensó la infeliz, interiormente—. ¡Sufre, sin duda!... Sufrir él... ¡Ah!... ¡Qué valen mis penas, mis lágrimas y mis dolores!... ¡Si yo pudiera conseguir su felicidad aun a costa de mi vida, con gusto la sacrificaría! ¡Le amo tanto a pesar de su ingratitud!...

Y Soledad quedó tristemente abatida; dominada por un sentimiento de compasión tierno y dulcísimo que le sumergió en un éxtasis de grato dolor indefinible.

¡Oh!... Si la desventurada hubiera sabido que aquel hombre que tanto le interesaba..., que aquel hombre en cuyo rostro miraba pintados el sufrimiento y el dolor, estaba

pensando en ella... ¡En ella, que era su vida y su porvenir..., su anhelo y su ventura!... En ella, que le había acusado de ingrato y desleal, sin saber que su nuevo nombre había levantado un valladar insuperable entre ambos... Si hubiera podido leer la historia de aquel corazón generoso..., las vicisitudes y miserias que por amarla tanto había sufrido en la tierra... ¡hubiera corrido a su lado para pedirle perdón de sus ofensas, para decirle que le amaba, y verter en su alma el bálsamo consolador de la felicidad suprema!...

Pero Soledad ignoraba todo esto..., y, sin embargo, padecía al verle triste y meditabundo...

Le perdonaba sus ofensas, su olvido, sus desprecios... Porque esta es la dulce cualidad del verdadero amor..., de ese leve destello del infinito amor de Dios, todo generosidad y ternura, que lleva siempre consigo la caridad y la misericordia.

Quien de otra manera siente, no ama.

Desear a todo trance la posesión de un objeto, aun a costa de la felicidad del sér que nos hechiza, no es amor; es un linaje de pasión egoísta, cruel, exigente y bastarda.

Núñez continuaba en la misma actitud meditabunda..., se sentía arrastrado hacia aquella mujer que atesoraba todos los encantos de su inolvidable Adela..., y, sin embargo, sus pensamientos permanecían fijos en el cielo... Su corazón y su deber sostenían una terrible lucha que le tenían en continua inquietud...

De repente se escucharon los primeros acordes de la música producidos por la flauta, la viola, el violín y el violoncelo.

Era un cuarteto delicioso de «Puritani», obra inmortal del célebre Bellini.

Los dos amantes, como si les hubiesen tocado a la vez con la máquina eléctrica, se estremecieron a las primeras notas producidas por los bien pulsados instrumentos.

Era una de las piezas favoritas de Núñez; pieza que había cantado mil veces, en más felices días, en unión de su adorada Adela.

Su pensamiento, pues, lo mismo que el de ella, abarcaba aquella época de dulcísimos recuerdos, en que el amor, engalanado con sus más poéticos encantos, extendía a sus ojos las angélicas delicias de un mundo sembrado de flores y brindando felicidad sin término.

Notas habían allí que hacían asomar el llanto a los ojos de Soledad, porque equivalían a un juramento ternísimo de amor; notas expresivas en que habían substituído muchas

veces al cantarlas embriagado de pasión Núñez, las palabras: «Elvira mía», por las de «Adela mía», nombre que sonaba a sus oídos más dulce que el canto de las sirenas a los navegantes, que, subyugados por la melodía de sus acentos y la magia de su música, olvidaban su viaje y espiraban en delicioso éxtasis antes que la razón deshiciera el poderoso hechizo.

Soledad, conmovida profundamente, y sin poder resistir a la emoción amorosa que despertaba en su alma los más gratos recuerdos de la vida, volvió los ojos hacia el hombre que, en aquellas mismas melodías, le había jurado tantas veces que le amaba; pero cuando creyó encontrar la dulce correspondencia de su mirada..., cuando pensó que su vista se encontraría con la suya, vió a Núñez con los ojos fijos en otra parte, como indiferente al pasado y a cuanto le rodeaba. ¡Oh! ¡Esta indiferencia presó de una manera horrible el corazón de la infeliz dentro del pecho!...

¡No le merecía a su amante ni un recuerdo..., ni un suspiro..., ni una simple mirada!...

En aquel momento terminó el cuarteto, y al sepulcral silencio que había reinado durante la ejecución, sucedió un aplauso general que resonó por todos los ámbitos del salón.

Sólo Núñez permanecía triste y silencioso.

—¿Qué le ha parecido a usted el cuarteto?—le preguntó un joven que acababa de sentarse a su lado.

—Muy bien comprendido, igualmente ejecutado, y perfectamente sentido.

—¡Oh! ¡Es una música que toca las fibras más delicadas del corazón!... ¡Es imposible oír sin sentirse conmovido hasta lo más interno del alma! ¡Un amante no podría escucharla sin que a sus ojos se asomasen las lágrimas!

—Con efecto—contestó Núñez, tratando de hacer desaparecer las que empañaban sus pupilas—; es un cuarteto que yo no puedo escuchar con los ojos enjutos.

—¿Ama usted, acaso?

—¿Hay, por ventura, algún hombre de nobles sentimientos que no ame en la tierra?

—Tiene usted razón—dijo el joven, exhalando un suspiro.

—¿Luego, ama usted también?—le preguntó Núñez.

—Al menos, siento como si en efecto amase; aunque algunas veces me persuado de que mi afecto, más que amor, es un cariño íntimo, una constante y profunda deferencia hacia la mujer que considero como una hermana.

—¿Es decir, que ignora usted realmente el lugar que esa joven a quien se refiere usted ocupa en su corazón?...

—Ciertamente.

Soledad, que en aquel instante dirigía como casualmente la vista hacia Núñez, se estremeció en la silla al ver que estaba hablando con el joven de que hemos hecho mención. En su pecho tuvieron lugar a un mismo tiempo, el temor y la esperanza, el pesar y la alegría.

Un vivo carmín tiñó de repente sus mejillas para ponerse a poco blancas como el papel.

—¡Está hablando con Félix!...—exclamó para sí—. ¡Ah!... ¡Sin duda se ocupan de mí en este momento!...

Y Soledad, llena de inquietud y de zozobra, continuó su diálogo con la señora de la casa, que le dirigía la palabra.

Núñez y Félix hicieron lo mismo, bien ajeno cada cual de saber con quién sostenía su conversación, pues ni el primero había fijado su atención en los que acompañaban a Soledad el Jueves Santo, ni el segundo le había visto jamás.

—Pues, ¡dichoso usted—dijo Núñez—, que ignora el sentimiento que abriga su corazón, porque desde ahora me atrevo a asegurar que no es el sentimiento llamado amor!... ¡Con el amor va la felicidad instantánea y la desgracia constante de los mortales!... La mayor parte de los que padecen en el mundo, son víctimas de esa pasión que halaga acibarando los más floridos años de la vida..., que promete interminables dichas que se convierten luego en lágrimas y penas..., que presenta la clave de todas las venturas, y que al buscar sus armonías suenan las vibrantes cuerdas del dolor y de los pesares... Es una flor de tan amarga esencia en su profundo cáliz, como es halagüeña y celestial su seductora vista; y los amantes parecen unos seres condenados a embriagarse con sus brillantes hojas de balsámico perfume, y a despertar en medio de los tormentos de sus agudas espinas...

—Al escuchar a usted no puede uno menos de comprender que ha padecido usted mucho.

—¡Oh!... ¡Mucho..., sí..., muchísimo!...—exclamó Núñez, dejando libremente la pena encerrada en el corazón.

—¿Y la persona que usted ama, ha concurrido al concierto?

—No, señor; ni hubiera venido yo tampoco a no haberse empeñado tanto en ello el dueño de la casa, que me honra con su amistad.

—Precisamente se acerca ahora a Soledad para pedirle, sin duda, alguna pieza. ¿Ha oído usted cantar a esa joven?

—Nunca he tenido esa felicidad.

—Pues estoy seguro de que quedará usted complacido al escucharla.

—Así lo creo, sin duda.

—Es una joven que reúne a la más interesante figura, un alma bellísima y virginal.

—Y ¿es casada?

—No, señor; debió haberse enlazado hace algún tiempo a un joven de relevantes prendas, pero...

Félix no pudo continuar; el piano sonó las primeras notas del aria del Delirio de «Lucía», y todo el mundo guardó silencio esperando a que cantase la seductora joven, que, en actitud noble y natural, se hallaba de pie al lado del que pulsaba el piano.

El entendido pianista tocó los compases de introducción con tanto gusto como delicadeza, predisponiendo el corazón al sentimiento y al dolor.

La joven continuó su canto cada vez más dulce, cada vez más apasionado.

Su voz, de un timbre sonoro y delicado, descendía al corazón transmitiendo los sentidos afectos de que se hallaba poseída, al cantar, su alma.

Era la fiel intérprete de los sentimientos que había confiado al papel el apasionado Donizetti.

Nunca se ha expresado con más verdad el dolor de una mujer que sólo vive con la memoria del hombre que ama con todas sus potencias.

Soledad amaba, y al dar al viento los tristes ayes de la heroína que representaba, no hacía más que expresar con todo el fuego de un corazón apasionado, su propia pena y sus mismos sufrimientos.

Todo el mundo escuchaba en religioso silencio. No se percibía ni el más ligero ruido. Las miradas de todos estaban fijas en la hermosa joven para no perder ninguno de sus movimientos.

Núñez, conmovido por los encantos de aquella voz que le transportaba a un mundo de bellísimos recuerdos, iba sumergiéndose en un éxtasis delicioso que embalsamaba sus pasadas dolencias. Parecíale que estaban embargadas sus potencias por un arrullador ensueño en que veía reproducirse en sus más seductoras formas a la mujer que el destino le había arrebatado. Había en el canto de Soledad tal sentimiento con el de su inolvidable Adela, su expresión tímida, apasionada y casta a la vez, tenía puntos de contacto tan idénticos con los del ángel que le había hecho presentir en el mundo las delicias de la gloria, que por un momento se

creyó al lado del sér que idolatraba. Sus ojos, adormecidos por el exceso del placer, estaban fijos en el rostro bellísimo de la joven, que irradiaba de entusiasmo y de pasión. Cada nota de dolor que en limpio trémolo salía de su flexible garganta, era para él un episodio de quejas amorosas; cada melodía un himno de ternura, y un poema de amor cada compás.

Embargado por el éxtasis divino que producía en su alma generosa aquella argentina voz que le hacía olvidar el presente para transportarle al delicioso pasado, parecía escuchar en los dulces y melancólicos acentos que con sentida expresión formulaba la hermosa, las balsámicas palabras de eterna fidelidad, pronunciadas por los virginales labios del sér que idolatraba.

Saboreando la inefable dicha de ver y de escuchar a esta seductora joven, olvidando sus temores, sus penas y sus zozobras, Núñez, sumergido en un océano de dichas sin guarismo, y embriagado de arrobadoras sensaciones, se dejaba conducir a un mundo ideal de horizontes de felicidad sin término.

Agobiado por la superabundancia de celestiales placeres en que nadaba su alma, acariciado por los dulces y seductores recuerdos que bullían en su acalorada mente, rodeado por todas partes de luz y de armonía, aspirando un ambiente perfumado de exquisitas y suaves esencias, creyó muchas veces ser presa de uno de esos deliciosos ensueños que suspenden toda acción analítica, para no dejar al alma otro derecho que el de admirar y gozar.

Aquella escogida reunión de seductoras jóvenes, que en vaporosos y flotantes ropajes envolvían las gallardas formas de sus flexibles cuerpos; aquel sepulcral silencio que formaba produciendo contraste con la animada fisonomía de mil sensitivos seres; aquellas sentimentales notas, llenas de expresión y ternura, que descendían al corazón como el consolador rocío sobre el cáliz de las abrasadas flores; la asombrosa belleza de aquella simpática mujer, que realizaba las fantásticas creaciones de Ossian; el regalado aroma del donjuan de noche, que conducía del corredor la mansa brisa en sus vaporosas alas, todo se mezclaba a la vez en armónico consorcio en su fecunda imaginación, produciéndole un delicioso bienestar, una cadena de dulces sensaciones, cuyos anillos enlazaba con el presente todos los miríficos goces del pasado, que le argüían un sueño celestial..., sueño del que temía despertar y que para no pasar de la ficción a la realidad, contenía su aliento, sus palabras y sus movimien-